



**AJOR  
MARÍN**

**CONSPIRACIÓN,  
VERMÚ**

Un hombre sin futuro, una España sin presente  
y un delirante complot para resucitar a Franco

Víctor Vaporús es un cincuentón en paro que pasa gran parte de sus días bebiendo vermú, cualquier cosa con tal de no estar en casa. En vísperas de la coronación de Felipe VI conoce a Dolores Ambigú, periodista de Interviú que investiga una conspiración para resucitar a Franco. Convencido de que ha ligado con ella, la acompaña a su casa dispuesto a escuchar su historia, pero unos desconocidos asaltan la vivienda y secuestran a Dolores. Víctor emprende entonces una delirante búsqueda de la periodista que le llevará a conocer a personajes tan siniestros como Corintio Hazá, cabalista y asesor de Franco que pretende devolverlo a la vida aprovechando la zozobra que ha supuesto la abdicación de Juan Carlos I. Náufrago en una aventura que le queda enorme, Vaporús pasará del vermú a las drogas duras, de Madrid a un sanatorio mental en Miranda de Ebro y volverá hasta el Valle de los Caídos acompañado de un joven de la izquierda radical vasca para intentar salvar a la chica y detener la conspiración que pretende devolver a España a épocas pasadas.

## Índice de contenido

Cubierta

Conspiración Vermú

Primera parte. Las tomas de Madrid

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Segunda parte. La botella del Ebro

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Tercera parte. ¡No, Patxaran!

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

*A Yojana: saldando esta deuda,  
contraigo otra impagable.*

«Con más de cien dedos en la sien,  
¿quién vengo siendo?

Veo en color lo que otros ven  
en blanco y negro.

No se preocupen que yo haré  
que pare el viento.

Son más de cien dedos en la sien,  
¿quién vengo a ser?».

«¿Quién vengo siendo?»,  
*Sesión Vermú. Siniestro Total*

## PRIMERA PARTE

# Las tomas de Madrid

## Capítulo 1

**N**adie mejor que Víctor para saber que las 12.47 p.m. no es la mejor hora para estar tomando vermús en El Alambique. Pero, qué carajo, tampoco los días le dan muchas más opciones desde que, hace tres años, lo despidieron de Seguros Plus Ultra. Desde entonces, como a él le gusta decir, su vida pende del alambri-que. Ese tipo de chistes le había abierto puertas y cuentas corrientes en sus años de comercial, pero ahora eso quedaba al otro lado del cristal de su bar de cabecera, donde la vida continuaba para los demás, mientras él permanecía varado en la barra, dando la tabarra a Antonio, el dueño, o sumergiéndose en las sobadas páginas de la prensa deportiva.

Víctor Vaporús colecciona mañanas, tardes y noches en blanco como quien colecciona sellos o monedas antiguas. Aún no es capaz de explicarse cómo se ha podido ir todo a la mierda, y eso que tiene una versión diferente para cada oyente que consigue enganchar y, si ya de paso, le saca una caña o un vermú, mejor y más florida le sale su historia. No es solo el despido tras uno de esos ERE que te dejan el cuerpo y la mente tan machacados que al final firmas cualquier acuerdo que logre el comité de empresa, con tal de que se acabe esa tensión insoportable, sino, sobre todo, esa pegajosa y falsa solidaridad entre compañeros que, unas semanas antes, aún se entretenían afilando cuchillos sobre las espaldas del resto. Si por lo menos no hubiera invertido sus ahorros en el Fórum Filatélico... Lo dicho, él creía que coleccionaba sellos de gran valor y al final, se dice, solo le quedan agujeros, una indemnización ridícula que María, su mujer, protege de él con esmero y un subsidio de

desempleo que le da para no tener que pedirle dinero a su señora cuando la marea de su frustración lo arrastra hasta la orilla del bar.

«No nos hagamos trampas al calendario», se dice Víctor en un intento de sacudirse la autocompasión, «que los hay que todavía están peor que yo». Pasea la vista por las cientos de botellas que decoran a su manera las estanterías detrás de la barra. Hay de todo y se da cuenta de que las ha probado todas. Las observa, identifica sus contenidos y, mentalmente, se propone un juego. «Me pongo de espaldas, digo un número al azar; luego cuento las botellas desde la esquina de arriba a la izquierda y cuando llegue a la que he elegido, esa es la copilla que me toca. Venga... el 69, que siempre promete». Víctor Vaporús inicia la cuenta con los ojos, pero no tarda en perderse entre una botella de Karpy, con más polvo que una momia egipcia recién rescatada, y otra de Ponche Caballero que parece haber regresado de su tumba. Vuelve a empezar a contar, ahora apuntando cada botella con el dedo, pero las etiquetas bailan ante sus ojos. Además, Antonio, apoyado al otro extremo de la barra, lo está mirando raro.

—¿Te pongo otra?

—Sí, pero dame algo más fuerte, que tengo el cuerpo hoy raro y el vermú no me está cayendo bien. Dame un licor café, a ver...

—Tú mismo. Marchando ese licor café.

Víctor tiene ya el morro caliente y eso solo se arregla abrasándolo a conciencia. Sabe cómo va a acabar, pero el desprecio que en ese momento siente hacia sí mismo no es mayor que el que dedica a todos los demás. El espejo detrás del otro lado del espejo de la barra le devuelve la imagen de un tipo mal afeitado y de cara flácida. Cada día tiene más arrugas en la frente, más entradas y más canas, pero se consuela pensando que esos son justo los pelos que no se caen. O, al menos, los últimos en abandonar el barco. «Son unos cobardes que se quedan pálidos y paraliza-

dos por el terror que provoca envejecer», se dice con un humor negro que hasta hace poco no sabía que tenía.

Con el segundo licor café intenta asomarse a las páginas del *Marca*, esa ventana que le ofrece celebrar los éxitos que su vida ya no puede ni prometerle. Va directo a la sección del Real Madrid, cuyas páginas aún sacan brillo a la décima Copa de la Liga de Campeones, recién conquistada. Gloria deportiva que campea por España y que, a pesar de que los cronistas no dudan de que es el mejor equipo del mundo, ya está pensando en gastarse millones de euros en nuevas estrellas para ser todavía mejor. Víctor, que apenas tiene dónde caerse muerto, lamenta que su equipo del alma no tenga aún más pasta para fichajes. Le encantaría que su poderoso presidente se pusiera a pagar cláusulas de rescisión a mansalva para teñir de inmaculado blanco las almas de algún que otro crac del eterno rival. «Pero para dejarlo siempre en el banquillo, para joder»... Se dice con una risilla entre dientes que de nuevo atrae la mirada severa de Antonio. El Alambique está hoy inusualmente vacío y Víctor empieza a cansarse del estrecho marcaje al que se siente sometido. Además, Antonio es del Barça.

Ojalá entrara uno de los pringados habituales para soltarle uno de sus rollos a cambio de una copa o dos. Su instinto comercial no descansa. Siempre ha sido muy hábil a la hora de hacer ver a la gente que necesita algo que dos minutos antes ni siquiera sabía que existía. Seguros de coche, de vivienda y antes enciclopedias y *best sellers* del Círculo de Lectores. «Siempre he pensado que lo mío era como un superpoder», le gusta contar a quien le escucha, «y resulta que no, que comparado con los políticos, que primero nos vendieron el paraíso ese del Estado del Bienestar para luego regalar el país a los bancos alemanes, no soy más que un puto aficionado. Esos sí que tienen poderes y superpoderes. Y, por lo que estamos viendo, hasta antídotos contra la mala hostia que estamos haciendo». Los hay que, ante el mitin, prefieren pagarle una caña y escabullirse a otro rin-

cón más tranquilo del bar, pero también hay quienes le siguen la corriente. Los que le llevan la contraria no le interesan a Víctor. No es buena estrategia cabrear a alguien del que quieres sacar algo.

«Joder, no hay nadie en cien metros a la rotonda», se dice a sí mismo, oteando el local. A falta de nada mejor que hacer, se da la vuelta e inicia un diálogo suicida con la máquina tragaperras. Se rasca los bolsillos y arroja sus monedas por la ranura sin ninguna esperanza de volver a verlas. Pero tiene suerte y, de buenas a primeras, las frutas le sonrían y le vomitan casi cien euros que le permiten seguir perdiendo el tiempo, dando teclas con una mano mientras sostiene una nueva copa con la otra. «Hoy es mi día de suerte», se regodea mientras devuelve el favor a la máquina tragaperras. Cuando se aburre de dar de comer a la bestia, vuelve a acodarse en la barra, ante la neutra mirada de póquer del propietario. Mira el reloj. «Ya es tarde, al menos lo suficiente. Más vale que me vaya a casa».

Víctor paga y sale a la calle. Aún le quedan bastantes monedas y ganas de hacer el ganso. Llegar a casa a estas horas supone aguantar los reproches de María y «qué le voy a decir yo, si tiene toda la razón. Poco se queja, la pobre, pero no tengo yo ahora el cuerpo para eso. Y menos para que me dé la lata con la boda de la niña. Y pensar que Isabelita se nos casa ya... Bueno, mejor no pensarlo». A Víctor lo que le pide el cuerpo es tomarse un cubata en un local de esos modernos. Arrastra el pegajoso aroma a fritanga de El Alambique y tiene ganas de oler perfumes finos de esos que adornan a las chicas guapas. Es el día, o la noche, al fin y al cabo ya empieza a caer el sol, de entrar a descubrir las maravillas de El Trapecio, un garito con clase frente al que ha pasado cien veces sin animarse a entrar. Demasiada juventud en la puerta, fumando rubio americano y riendo a carcajadas. La ventaja es que, siendo martes y tan temprano, no hay que preocuparse del portero. Si hay algo que le revienta es tener que someterse al juicio

sumarísimo de esos tipos que cuentan sus méritos por kilos de carne machacados. «Qué coño, vamos a tomarnos la última a El Trapecio, que yo también soy un tipo elegante. La experiencia no deja de ser un atractivo añadido», se jalea.

Discretamente, Víctor Vaporús se sube el pantalón todo lo que la barriga se lo permite y entra en este nuevo templo de la modernidad del que hablan los suplementos de los diarios. Poca luz, pero a pesar de lo temprano que es, mucha gente joven. La mayoría de ellos, trajeados y con la corbata colgando floja como vergas recién satisfechas; ellas, con faldas hasta la rodilla que esconden depilaciones láser o medias de seda. Víctor empieza a sentirse mejor. Se pide un bourbon con solo un hielo, por favor, y maldice para sí la mezquindad del camarero, que convierte la copa en un simulacro de iceberg. «Gracias, generoso, ni que el bar fuera tuyo», murmura protegido por el nivel de la música. Víctor se considera mejor que estos niñatos de *afterwork* que curran como negros durante todo el día por la mitad de lo que él cobraba y luego mamonean ante una ginebra premium. Oficina hasta las siete y luego bar. Él nunca necesitó tanta organización. Pues no habrá cerrado contratos ni nada a mediodía con una copa en la mano. Antes de que el hielo baile solo en su vaso, decide pedirse también una cerveza. Bourbon y cerveza, como los detectives de las novelas y de las películas buenas, que necesitan echar un poco de disolvente a los pasados tan negros que arrastran. Él hubiera sido un buen detective, se dice. Tantos años pateándose las calles le han dado una idea más que aproximada del material del que están hechos los hombres. Y las mujeres.

La suave y machacona música del local lo mantiene un rato aletargado en sus pensamientos. Acodado, como todo el día, pero ahora en una elegante y moderna barra de cristal iluminada desde el interior, ve pasar a la clientela como una vaca contempla el paso del tren. Le cuesta centrarse en algo más que sorber el cuello del botellín, pero de repente

descubre al fondo a una mujer guapa que parece tan fuera de lugar como él. Morena, sola, ni demasiado alta ni demasiado baja, dignificando con sus curvas un traje chaqueta gris con la falda algo arrugada, pero científicamente cortada para quedar siempre justo por encima de las rodillas. Atribulada, se pelea con el teléfono móvil, al que le dedica de vez en cuando gestos de reproche y desesperación, como si fuera un novio insoportable. Víctor se desliza por la barra hasta quedarse cerca del atractivo escote de la mujer, que ronda los treinta y pocos años. Sin dejar de meter tripa, pone la oreja cuando ella se dirige al camarero. Le está preguntando si tiene un cargador de iPhone. Víctor no tiene cargador, pero va tan cargado que no duda de que él es la solución y está dispuesto a hacérselo saber. Cuando el camarero se encoge de hombros por tercera vez a modo de disculpa, él ya está justo a su lado para ofrecerle su ayuda.

—Perdona, no he podido evitar oír que tienes problemas con el teléfono. Si quieres, yo te puedo prestar el mío.

La mirada que ella le dedica no es precisamente una buena señal, pero eso no evita que Vic le ponga su teléfono en la mano. Ella lo rechaza con un gesto entre amable y nervioso, pero se siente obligada a darle una explicación o, quizá, solo necesita desahogarse. Le cuenta que es periodista de la revista *Interviú*, que ha descubierto algo muy gordo y que tiene que llamar cuanto antes a su redactor jefe para decírselo. Se acerca la hora del cierre y debe avisarle, porque ha dado con una de esas exclusivas que queman en las manos, pero, claro, esto es algo que él no entenderá porque no es periodista y no puede saber que ella, antes que persona, es periodista y tiene que hacer llegar a sus lectores toda la información. No vaya a ser además que haya llegado también a oídos de alguno de esos buitres de la competencia y lo publique antes que ella, que no se ha pasado seis años escribiendo breves y entrevistando a artistas de medio pelo para desaprovechar la primera gran oportu-

nidad que se le presenta desde que ha conseguido que la pasaran a la sección de Investigación. Necesita conectar su teléfono a la batería aunque solo sea un minuto para poner al tanto a su jefe y aunque sea la llame al bar o, ya puestos, improvisa nerviosa, al móvil de él, ya que tan amablemente se presta.

—¿Cómo se llama usted, por cierto?

—¡Pero tutéame, mujer, que no soy tan mayor! Me llamo Víctor Vaporús, pero todos me llaman Vic. Tampoco he podido escuchar bien tu nombre... —responde.

—Dolores, Dolores Ambigú, encantada.

La verdad es que Vic no ha entendido muy bien la historia, superado por la inesperada acogida de ella. Solo tiene claro que debe hacer algo para sacarla de ahí antes de que la cosa se tuerza.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —pregunta con gesto preocupado. Sus años de comercial le han enseñado que si te haces partícipe del problema, enseguida te ven como parte de la solución. Como ella no dice nada, él continúa—: Puedo llevarte al bar de unos amigos, aquí al lado. Son los típicos que siempre andan con cacharritos, así que seguro que tienen cargadores y lo que necesites.

—¿Está cerca? Vas a pensar que me estoy poniendo un poco paranoica, pero he entrado aquí porque me daba la sensación de que alguien me seguía.

Vic no tiene ni puñetera idea de dónde coño está el bar, pero se lanza de cabeza sobre su propia mentira mientras cruza los dedos para caer de pie.

—Hombre, al lado, al lado no está. Tenemos que andar cinco o diez minutos...

Vic paga al camarero lo suyo y la Pepsi Light de la chica. Con un gesto de cabeza, le indica que adelante, que él le cuida las espaldas. Mientras, la contempla por primera vez de arriba abajo. Buen culo, tacones altos y tobillos finos, «como a mí me gusta». Al salir, Dolores no puede evitar pegarse un poco al cuerpo de Vic mientras sus ojos oscuros y

dos largas hileras de pestañas recorren ansiosamente la calle en todas direcciones. Lo inocente del gesto no evita que algo que lleva tiempo hibernando se despierte dentro de los pantalones de Vic. «Esto está hecho», se dice, «pero a ver dónde la llevo»...

La idea es sencilla, ponerse a andar en cualquier dirección hasta dar con un garito cerrado para maldecir su mala suerte. Su cerebro empapado en alcohol no da para más. Luego, a seguir improvisando en otro bar. Y que las copas hagan el resto.

—¿Por dónde? —pregunta Dolores Ambigú, asomada a la calzada.

Y entonces una moto sale de algún sitio. El rugido despierta a Vic lo suficiente como para dar un paso hacia la mujer y tirar de ella hacia él, alejándola con brusquedad de la pareja que, en cuero negro y con cascos negros, cabalga a toda hostia sobre las peores intenciones. Mientras Dolores le cae encima, Vic puede ver cómo la moto zigzaguea con el chorizo que va de paquete braceando desequilibrado tras haber intentado alcanzar el bolso de la mujer. Luego siente todo su peso sobre él. Ni el fresco olor que desprende aplaca el intenso dolor que emana de su rabadilla. Durante un segundo espera, deseando con fervor escuchar el golpe de la moto estampándose contra un camión por lo menos, pero nada. Unos chirridos y luego gas a tope de nuevo hasta que el ruido se aleja y desaparece.

Disimulando el dolor, Vic Vaporús se levanta y ayuda a la mujer. La falda sigue donde siempre, pero las medias están hechas una pena y uno de los tacones se le ha desprendido. Aún sentada en el suelo, Dolores Ambigú hiperventila y llora. Se tapa la cara con sus pequeñas manos.

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Quién eres? —alcanza a decir entre pucheros.

Vic le toma las manos con cuidado e intenta tirar de ella hacia arriba.